

De Lexicografía Vasca

A PROPOSITO DE «AXULAR-EN HIZTEGIA» DEL PADRE
LUIS VILLASANTE

La reciente aparición de *Axular-en Hiztegia*, obra larga y cuidadosamente preparada por el padre Luis Villasante, constituye, por muchas razones, un hecho poco corriente en nuestros estudios. Aunque me encuentro bastante alejado del epicentro de esos fenómenos sísmicos, corrientes en nuestro país, que no por estar muy localizados dejan de ser violentos (y a veces no puedo menos de pensar si lo que pierdo en añoranzas nostálgicas no queda compensado por lo que gano en tranquilidad), he tenido ya ocasión de oír y leer comentarios sobre el diccionario, que no serán seguramente los únicos que se hagan o se publiquen.

Por mi parte, quisiera aportar un comentario crítico, sin el menor ánimo de añadir leña al fuego, ni tampoco de quitarla. Lo que me interesa es discutir algunos problemas con que se encuentra enfrentada la lexicografía vasca y este libro me ofrece para ello material más que suficiente.

Quiero señalar, antes de nada, porque no creo que esto se haya subrayado tanto como era debido, que la obra de Villasante constituye un fenómeno único en nuestra lexicografía. No niego que tenga precedentes, de los cuales voy a hablar a continuación, pero él los ha dejado muy atrás. Ahora tenemos, por fin, el léxico completo de un autor que, aunque *uir unius libri*, nos ha dejado al menos una obra extensa. No voy a insistir en las razones por las cuales el léxico de Axular ha tenido siempre, y tiene ahora quizá más que nunca, un interés que se sale de la mera curiosidad lingüística, por muy científica que sea.

Por desgracia es costumbre arraigada entre nosotros la de publicar florilegios, sacados de textos escritos o recogidos en hablas locales, de voces selectas que han llamado la atención del recolector por su rareza, su pinto-resquismo o su belleza, y ya se sabe que cualquiera de estos criterios, con la posible excepción del primero, tienen demasiado de personal y de subjetivo. No es casual que juicios sobre la belleza aparezcan tan a menudo entre los ejemplos de «dativo de relación» en las gramáticas latinas.

Menos mal, se me dirá, que se publican al menos esos ramilletes de flores selectas, y estoy completamente de acuerdo. Hay mucho que aprender

de ellos, pero es mucho más lo que uno quisiera aprender y no puede: *on reste sur sa soif*, como dicen los franceses. En efecto, es claro que uno no puede comprender elementos sueltos del léxico de un habla, de una obra o de un autor si no conoce, al menos en sus líneas generales, la totalidad en que están insertos. Bien es verdad que, como uno no es estructuralista a ultranza (y los estructuralistas a ultranza, como todos los teóricos, no suelen hacer diccionarios), tiene que admitir que esa totalidad, que es un conjunto abierto que carece de puntos de acumulación externos a él, es una abstracción cómoda o un marco de referencia variable. Aun en un *corpus clausum* como el *Gero*, y aun suponiendo que el lexicógrafo haya apurado su contenido hasta la última gota, queda todo un rico caudal oculto que nunca podrá aflorar: el de los términos que Axular pudo haber escogido y no escogió y el —probablemente más numeroso— de los que nunca se le ocurrió utilizar en esa obra.

A pesar de ello, poseemos ahora, gracias al continuado esfuerzo de Villasante, algo que se puede considerar en estricta justicia como una muy buena aproximación al léxico total del *Gero*. Y esto, aunque parezca mentira si se piensa en campos mejor trabajados, es rarísimo entre nosotros.

Sentiría pecar por omisión, pero voy a hacer una breve reseña de los precedentes, ya apuntados, que conozco. Para el siglo XVI, tenemos en primer lugar el «Glossar zu Bernard Dechepare's baskischen Poesien» de V. Stempf, publicado en la *Revue de Linguistique et de Philologie Comparée*, entre 1887 y 1893, obra sin duda muy útil para quien conozca muy bien el texto original y sobre todo sus particularidades gráficas. Aunque uno no pueda fiarse de la traducción y ni siquiera de la división en palabras, el trabajo sirve al menos para cerciorarse en breve tiempo de si una palabra dada ocurre o no en Dechepare; gracias a él puede también hallarse inmediatamente el pasaje que interesa en cada caso. Luego, si éste ofrece dificultades, el lector podrá resolverlas o plantearlas al menos en sus verdaderos términos acudiendo a los trabajos de interpretación, sobre todo a los de René Lafon, cuya muerte tenemos que lamentar en estos momentos.

Viene después el *Vocabulario del Refranero vizcaíno de 1596*, Salamanca 1953, de Juan Gorostiaga, que tiene la ventaja de que, siempre para una persona que conozca muy bien *RS* y las grafías originales, permite encontrar lo que se busca y hasta quedarse con una seguridad razonable de que lo que busca no está allí. Ya expresé mis reparos a la obra de Gorostiaga hace unos veinte años en *BRSVAP* 9 (1953), 484-486, y estos reparos se resumen en dos: que da demasiado en un sentido y demasiado poco en otro. Demasiado poco, cuando se limita a dar el equivalente romance de la voz vasca, ya que el romance de *RS* no es inteligible sin más: baste con recordar los quebraderos de cabeza que ha traído el «rollo», versión auténtica de *vasc. belorit*.

DE LEXICOGRAFÍA VASCA

Demasiado por lo que se refiere al vascuence, ya que las grafías están interpretadas, sin indicar nunca las originales, de una manera que más de una vez me parece abusiva, porque no se funda más que en la conjetura. *Usteac alde erdia ustel*, dice el refrán recogido por Garibay, y tiene razón, aunque no se le ocurriera a un filólogo.

La obra cuyo vocabulario se recogió ahí es, de todos modos, de pequeño volumen y, además, está incompleta. Hoy, por fortuna, está un poco menos incompleta que entonces. El libro de Gorostiaga, agotado desde hace muchos años, se ha convertido en un raro, y estoy en mejor posición que nadie para saberlo. No sería, pues, ningún disparate que alguien preparara una nueva obra sobre su vocabulario. Tendría hoy varios estudios en que apoyarse y, por lo que toca a la formas verbales sintéticas (no auxiliares), contaría con el inevitable *Système* de Lafon.

Para el mismo siglo, menciono en último lugar el «Léxico empleado por Leizarraga de Briscous» de Gabriel Aresti, publicado precisamente en esta revista: *FLV* 5 (1973), 61-128. Además de que la traducción «sólo es indicativa», no sé si pretende abarcar, porque nunca lo dice expresamente, la totalidad del vocabulario de las obras de Leizarraga: tengo la impresión de que no, de que falta por lo menos alguna voz que otra. Pero, sea de esto lo que fuere, el caso es que carece de toda indicación del lugar o lugares en que una palabra puede encontrarse. No pierdo, con todo, la esperanza de que Aresti, que se crece ante el castigo crítico como esa especie próxima a la desaparición (y escribo desde Salamanca) que se llama toro bravo, se decida un día a completar su trabajo.

Para el XVII, sin contar el libro de Villasante, no conozco más que un vocabulario de Oihenart: está inédito (fue Pierre Lafitte quien amablemente me permitió su examen) y no recuerdo ahora el nombre de su autor. Tenía el mayor interés en publicarlo, y lo sigo teniendo, pero, para que hoy nos fuera útil, tendría que ser sometido a una completa refundición. Sin entrar en el problema de la interpretación de las grafías (hay bastantes entradas erróneas procedentes de Oihenart en el mismo Azkue, sin ir más lejos), la división en palabras y las traducciones (la de Lafon, única digna de confianza para sus difíciles poesías, no iba a aparecer hasta muchos años después), el autor por ahora innominado siguió la paginación de la ed. de Francisque-Michel, tan difícil de encontrar ahora. En el caso de los refranes, bastaría con sustituir página por el número original y, para la mayor parte de las poesías, valdría más apoyarse en la ed. facsímil de Urquijo y la Sociedad de Estudios Vascos que, además de ser fehaciente por su propia autenticidad, sí puede ser consultada sin mayor dificultad. La reciente de Larresoro, que no pretende sujetarse a los requerimientos del rigor filológico, ha sido discutida y es sin duda discutible. Al menos tiene la ventaja de haber incorpo-

LUIS MICHELENA

rado materiales de publicación más reciente, que permiten comprender cómo llegó Oihenart a preparar la versión de los refranes que dio a la prensa.

Esta enumeración sería incompleta, además de complacientemente injusta, si no consignara que mis *Textos arcaicos vascos* no llevan al final un léxico completo, sino un simple glosario. Con ello me veo incluido (bien a mi pesar, pero no sin culpa propia) entre los coleccionistas de flores selectas, aunque de belleza dudosa, que acabo de censurar.

Ya es hora de volver a Villasante. Cuanto precede no tiene, en realidad, otro fin que el de poner de manifiesto la importancia de la labor que, en el desierto de nuestra lexicografía punteado por unos cuantos oasis diseminados a lo largo y a lo ancho de los estériles arenales, ha acometido y llevado a buen término.

Aunque *Axular-en biztegia* no fuera más que un *index uerborum* con indicación de los lugares en que aparecen las palabras —y es, salta a la vista, mucho más—, su utilidad estaría plenamente justificada. Cuando para el discurso de ingreso en la Academia de la Lengua Vasca empecé a interesarme por la procedencia de las voces que forman el Suplemento que Larra mendí agregó a su *Diccionario trilingüe*, no me daba bien cuenta de lo que un estudio relativamente completo de esa lista representa en tiempo y en trabajo. En particular, he pasado muchas horas en buscar, no sin la ayuda del padre Villasante, alguna palabra en las páginas del *Gero*. No lo considero esfuerzo perdido, ya que a ello debo el haber adquirido una cierta familiaridad con una obra fundamental. Cualquiera comprenderá, sin embargo, lo irritante que puede ser el rastreo interminable de una forma sin mayor interés, copiosamente atestiguada antes y después con el mismo valor, para terminar bastante a menudo por no dar con ella en las páginas del libro.

La irritación aumenta al comprobar ahora, años después de acabado y hasta publicado aquel trabajo¹, que se me escaparon, por lo menos, *aratz*, *areago*, *hotzberatu*, *manukor* y *pordoinkatu*, que cualquier consultor de la obra que comento puede ahora localizar en Axular sin ningún trabajo. En las mismas listas de Aresti veo que *acotatu*, traducido «citar» en Suplemento, 137, se documenta como *accotatu* en Leizarraga, que trae también el derivado *accotamendu*. Pero, como yo no tenía registrada la palabra, me tuve que conformar con sugerir una posible procedencia de la parte perdida de *RS*. No tenía para ello otro fundamento que la frecuencia con que aparecen *acotados* en la documentación vizcaína de los siglos XIV-XV. Ahora se ve que esa suposición no tenía el menor fundamento.

¹ *Estudio sobre las fuentes del Diccionario de Azkue*, Bilbao, 1970. En las citas del *Gero*, las páginas remiten en principio a la primera edición. Cuando doy dos números, el primero se refiere a ésta; el segundo, a la ed. bilingüe del padre Villasante. Barcelona, 1964.

DE LEXICOGRAFÍA VASCA

Hecha esta digresión, quisiera señalar ya desde el comienzo la dificultad que ha tenido que representar para Villasante la falta de convenciones, mejores o peores, pero precisas y bien fijadas, en que apoyarse al componer este diccionario. Uno puede reírse y se ríe del arcaísmo o de la estupidez de fórmulas como «Muy Señor mío», «Dios guarde a V.M.E. muchos años», y hasta del «cordial abrazo» que se envía a un «querido amigo» a quien no se desearía tocar ni con el extremo de una pértiga. Pero no por ello debe ocultársenos el hecho de que esas y otras frases hechas nos evitan esfuerzos mentales que siempre pretendemos ahorrarnos por una parquedad que nace tanto de la falta de generosidad como de la escasez de disponibilidades. Arbitrar fórmulas originales cada vez que precisamos de ellas no está al alcance de todo hijo de vecino, sobre todo si además tienen que sonar bien, aunque no digan nada o digan algún despropósito.

El autor tenía que empezar por el mismo orden alfabético, que se halla lejos de estar bien establecido en lexicografía vasca. Si no de inventar, se trataba al menos de escoger, ya que no hay una, sino varias tradiciones bastante divergentes entre sí. A falta de costumbre o de rutina², cada uno de los órdenes posibles puede alegar en su favor ciertas ventajas, aunque no pueda negar que de él se siguen ciertos inconvenientes. El mejor de los órdenes sería aquel que permitiera emparejar entre sí, siempre por la cabeza mientras no dispongamos de índices inversos, aquellas voces que están naturalmente emparejadas para el usuario de la lengua. Pero, como esto no es hacedero, hay que recurrir siempre a expedientes de fortuna.

Concedo que esto no era un problema mayor. Al menos era menor que el que supone la transcripción o transliteración del texto original. El ideal es la transliteración, que supone una correspondencia biunívoca entre dos escrituras o dos sistemas ortográficos, aunque ésta no pueda establecerse signo a signo: cf., por ej., *éxokhos* en la «romanización» usual del griego antiguo, donde *kh* corresponde a una sola letra del original, o *imja*, e *imja* si se suple el acento, por una palabra rusa que tiene solamente tres letras.

Villasante se ha limitado a seguir, y a mi entender ha hecho bien, el sistema que ya adoptó en su ed. bilingüe del *Gero*, sistema que se distingue por el apego a la letra original. Así ha respetado las grafías etimologizantes características de Axular (*hitzcuntça*, aquí *hitzkuntza*, etc.), otras —un tanto extrañas— que podrían tener justificación fonológica (*cintqui eta fintqui*,

² Cualquier costumbre establecida, por absurda que sea (la separación de *c* y *ch* como "letras" distintas en castellano, combatida por MENÉNDEZ PIDAL, es una buena muestra), es mejor que la falta de norma consuetudinaria. Recuérdese la paradoja de Pascal, nada paradójica, sobre lo sensato de la rutina según la cual el hijo mayor, varón y supongo que legítimo en teoría, de un cierto personaje debía de suceder a éste, en Francia y en aquellos tiempos, en el desempeño de su cargo, si el término no es irrespetuoso.

etc.) y hasta otras a las que yo no acabo de encontrarles explicación de ningún género: *erhotqueria*, junto a *erhoqueria*, o el frecuente *vtquitu*, junto a *vquitu*³. Que la etimología nada tiene que ver aquí nos lo prueba el triple *auenicoa-* de la p. 302, escrito todavía *abenitcoa* en Haramburu, 1635, p. 137, de acuerdo con su composición: *abenit(u)* + *-goa*.

Hay ocasiones, sin embargo, en que no es posible aspirar a la univocidad. Como es sabido, Axular empleó *cc* para representar /*kh*/ ante vocal no anterior. Pero no podemos estar seguros de que esto suceda en palabras como *accordu*, *occasino*, etc. (cf. *accotatu* en Leizarraga, citado arriba), donde la letra geminada puede deberse a simple cultismo: cf. lat. *occasio*, etc.

En la 1.^a ed. hay vacilación en la grafía sobre todo de sibilantes (cf. *istupa* / *iztupa*, dualidad respetada por Villasante, etc.), más que nada en final de palabra. El lexicógrafo ha transcrito fielmente *abalquesun* (que difícilmente puede ser otra cosa que *abalkeizun*, cf. a.-nav. *lotsaizun* que tiene el mismo valor, o a lo sumo *abalkexun*), pero ha dado entrada a *iautsapen*, frente a *iautzapen* del original (p. 140, con la *z* corregida a mano en *s* en el ejemplar publicado por Urquijo), *aberats* (cf. *aberatzten ago*, 233, *aberatz*, 235, etc.), *amurus* (*amuruz*, 341), etc. En tales casos, se trata con toda probabilidad de grafías que podemos llamar incorrectas, fuera cual fuere su causa (acaso mero descuido), y la rectificación era más que aconsejable. Esto nada tiene que ver, naturalmente, con dobles como *laxo* / *lazo* (*lacho* / *laço* en el original), donde la distinción es fonológicamente pertinente y portadora de una modificación en el sentido.

Por cierto que, aunque esto ya es otra cosa, Villasante no da más que *animalia*, cuando el ej. de la p. 180, citado s.u. *elefant*, dice claramente *animalia handibat baita*. No creo que esta variante sea única, ni tampoco que sea debida a errata.

Para citar los nombres, es decir, las formas nominales en sentido amplio, es costumbre entre nosotros, al menos desde Azkue, darlos en indefinido, sin artículo ni sufijo alguno. Es, sin duda, una costumbre inmejorable o, en otras palabras, la más útil para el lector, a quien así se da la mayor información posible. Pero, en la misma medida en que le es provechosa al usuario, es molesta para el lexicógrafo que, en bastantes casos, no posee datos suficientes para establecer cuál es la forma precisa del tema nominal. Así aquí, en mi opinión, algunos temas presentados con duda o de otra manera

3 Se trata casi siempre de los grupos *l, n + k*, donde la sonorización habitual (*lg, ng*) no se ha producido: *-t-* puede representar ahí un sonido de transición, que el fino oído de Axular percibía, como percibía que la *l* de *altxatu*, escrito por él *aitlchatu*, era en realidad una *ll* palatal. En estos y en los demás casos (*utkitu*, etc.) se trata, al parecer, de oclusivas no aspiradas. A juzgar por el material que reúne Villasante, hay un *ilkhi* excepcional en la p. 403: *Nahi eztuenac ilkhi dadin kheric, eztaguiela suric*.

DE LEXICOGRAFÍA VASCA

por Villasante son *bitiña*, *eskuar*, *haltz*, *hartz*, *gathe* (en labortano, aunque no en guip. ant., etc., o en suletino), pero *harea*. Que 'Martín' era *Marthie* está más que suficientemente atestiguado.

Los verbos se suelen introducir por una forma no personal. El uso parece haber decidido que ésta sea el participio que, como es más que sabido, coincide con el radical en bastantes verbos de máxima frecuencia: *eman*, *egin*, etc. Pero, ¿qué hacer cuando sólo están documentadas formas personales? Se puede recurrir, no sin riesgo, a otras fuentes: así *datxeke*, etcétera, están aquí reunidos bajo **etxeke*, creo que con toda razón. El asterisco sólo indica que *etxeke*, de cuya realidad no cabe sospechar, no ocurre en el *Gero*. Pero, s. u. *irion*, por sacar otra muestra, hallamos *ura dario*, lo cual me parece una equivocación total.

Como ya indiqué en otro lugar, a propósito de Axular, 86 (*Dembora luceaz bide bat eduquiduen vrari, exta erraz, bertcetarat iriotea, eta eraguitea*), Pouvreau tradujo «faire prendre chemin à l'eau par autre part». Esto supone que *irion* está empleado como transitivo, mientras que *dario*, etc., es el modelo mismo de un verbo intransitivo, aunque bipersonal. Leizarraga empleó *irion* para verter «mittere» y «dissipare (bona)»: cf. *onén irioile beçala*, Lc 16, 1. El participio correspondiente a *çarión*, *lariola*, etc., es en éste *iariatu*.

Ya se ha indicado que, cuando un verbo tiene formas no finitas, cosa que puede muy bien no ocurrir (en mi uso y en el de muchos vascos, para volver al mismo ejemplo, *dario* carece de ellas), queda por determinar si alguna de ellas puede servir como básica o fundamental, de modo que de ahí puedan obtenerse las otras por medio de reglas unívocas o, si por el contrario, esto no ocurre, algunas veces, muchas o todas. En ciertas lenguas un diccionario lleva indicaciones que permiten saber cómo se conjuga un verbo, salvo en casos de irregularidad excepcional. Me refiero, claro está, a lo que es usual en latín (tipo *dico*, *-is*, *-ere*, *dixi*, *dictum*), en las lenguas germánicas antiguas (verbo fuerte o débil, de tal o cual clase), etc.

No parece que esto sea ni interesante ni posible en un diccionario de nuestra lengua, al menos en lo que toca a las formas finitas, sintéticas o fuertes. Sí lo es, con todo, y además de posible lo creo conveniente, cuando se trata de las formas nominales, es decir, del participio, del radical y del nombre de acción: *hartu*, *har*, *hartzzen* en Axular, si no se quiere buscar más lejos. Los textos reunidos y clasificados por Villasante dan testimonio de sí mismos; con todo, no estaría quizá de más señalar expresamente, información que suele faltar en los diccionarios vascos, que, mientras en la lengua de Axular el radical de *pairatu* es *paira*, y éste es con mucho el tipo más corriente, los radicales de *lotbu*, *orhoitu* y *usat* son, respectivamente, *lot*, *orhoit* y *usat*. Del mismo modo, se podría advertir que, aun cuando

tenemos *iar*, *utz* de *iarri*, *utzi*, en *il(t)ki* o *iarraiki* radical y participio se confunden en una forma única, lo mismo que en *egin*, etc. Detalles de este género no ocuparían demasiado espacio. Y es curioso que, sin razones de economía que lo justifiquen, propendamos a menospreciarlos precisamente los occidentales que, por nuestro escaso empleo del radical, somos quienes estamos más necesitados de adquirir esa información.

Algo hasta cierto punto semejante ocurre con los nombres de acción o sustantivos verbales. Por lo general, y no sin razón, son considerados como derivados de los participios, conforme a reglas de formación que no son las mismas en cada habla y en cada autor. Pero el lexicógrafo que sólo acierta a documentar en un *corpus* el nombre tiene que inferir de él el participio, que es el que suele representar al verbo en nuestros diccionarios, aplicando las reglas, por decirlo así, en sentido inverso, operación que nunca puede hacerse sin peligro.

Aquí Villasante yerra sin duda cuando coloca *ethen*, radical, al lado de *ethendu*, forma única del participio en Axular, sin explicitar la diferencia entre una forma y otra: cf. *ethentzen*, que bastaría indirectamente a probarlo, si *ethendu* no ocurriera tantas veces en el *Gero*. Para mí, que he oído y empleado a menudo *eten* como participio, el sustantivo es *eteten*, como *egiten* de *egin*, y no puede ser otro.

También dudo mucho de que haya existido jamás **afeni*, que Villasante deduce del rad. *afen*. Acaso **afendu* fuera más probable. De todos modos, ese término, que parece ser un hapax legomenon, está muy lejos de estar claro en ningún aspecto. En cuanto al sentido mismo, creo que Azkue («destruir» y «apagar») anda más cerca de la verdad, en vista del contexto, a pesar de la explicación de Oihenart, que tomó sin duda *afentzea* como variante de *ifintzea*. No sigo adelante, sin embargo, porque no tengo a la mano los materiales indispensables para entrar en el fondo de la cuestión.

El autor está en lo justo, por el contrario, cuando establece que *iratzarri* es forma única del participio en Axular, a pesar de *iratzartzen* e *iratzartzaille* (cf. *iarri*, *iartzen*), lo cual se aparta de la práctica de Leizarraga y seguramente de la de otros autores, en cuyas obras *iratzarri* es simple adjetivo ('despierto') e *iratzartu* ('despertado') es participio: cf. nuestro empleo, creo que bastante extendido, que opone *ezagun*, adj., a *ezagutu*, part., como ingl. ant. *cūth* / *-cunnen*. Pero ya Axular sólo tiene *irakurtu*, por *irakurri*. Con todo, conserva un notable arcaísmo en un pasaje (425 / 275) donde *neurri*, aun siendo mero adjetivo, muestra a las claras su primitivo valor participial, en que fue suplantado por *neurtu*: *Çapata bat duçumean neurri, iustu, doi*. Para el empleo actual de occid. *neurri* (or. *izari*) como sustantivo, recuérdese *medida*, también antiguo participio, como salta a la vista.

Diferente, pero no más simple, es el problema de los elementos latentes —o, si se prefiere, borrados o elididos en la superficie— que, a pesar de ello, uno no puede menos de pensar que existen y son reales. Así se diría que lo que Villasante resume como *bihotz-esportza eta ailtxagari* no es sino el compendio o la abreviación (tipo *larga y cuidadosamente*) de dos compuestos unidos por *eta*: *bihotz-esportzagari*, atestiguado como *bihotz exportça garri* en la p. 240, de una parte, y *bihotz-ailtxagari*, de otra: hay que suplir *-gari* en el primero y *bihotz-* en el segundo. Asoma aquí una delicada cuestión de gramaticalidad, a la que nunca he sabido contestar con seguridad. Por dar unas muestras, ¿son gramaticales secuencias como *aitaren eta amarengatik*, *semearen eta alabarentzat* o *anaiaren eta arrebarengana*? Ya sé que *aita eta amarengatik*, etc., son admitidos y frecuentes; también me consta que construcciones como las citadas están bien documentadas en la historia de la lengua. Queda por saber si serían aceptables hoy todavía.

Antes de seguir adelante, señalaré ahora para no omitirlo por olvido más adelante que Villasante ha resumido s.u. *pitzgari* dos compuestos claramente diferenciados: el *pitz-gari* de la p. 24 y el *su pitzgari* de la p. 401. En un diccionario alemán *Anzündler* y *Feueranzünder* aparecen como palabras distintas con bastante menos razón, pues *anzünden* sólo significa 'encender', si no me equivoco, mientras que vasc. *bixtu*, *piztu* tiene un sentido mucho más amplio.

Acabo de tocar un tema que, aun a simple vista, parece habernos sacado del campo del léxico para meternos en el de la gramática, por imprecisas que sean las lindes entre uno y otro. Las transgresiones son y serán quizá inevitables, ya que los terrenos están mal cercados. Se da además la incómoda situación de que los operarios que cultivan en apariencia una misma tierra están divididos en la práctica en dos conjuntos disjuntos. La copiosa y vieja grey de los lexicógrafos no suele estar agobiada, por lo general, de cuitas teóricas: prefieren seguir, con mayor o menor fidelidad en puntos menores, rutinas consolidadas por el paso y el peso de los años e ilustradas por gloriosos precedentes. No hay que olvidar, en efecto, que esa lexicografía apegada a la tradición puede exhibir frutos excelentes, que todos nos vemos forzados a manejar. A su lado, pero mirando a otra parte, están los teóricos del campo semántico, de las oposiciones significativas, del análisis componencial, los lexicalistas o interpretativistas opuestos a los generativistas, y así sucesivamente. Lo malo es que estos teóricos, a diferencia de los practicones, no suelen componer diccionarios, léxicos ni índices, con lo que no se acaba de saber lo que darían de sí las teorías aplicadas a un vocabulario concreto y no, como suele suceder, a muy estrechas parcelas entresacadas del léxico total.

Sea lo que fuere, se diría que los diccionarios vascos, desde Azkue por lo menos, contienen al mismo tiempo más y menos información gramatical que la que facilitan los de otras lenguas. No hay, que yo sepa, diccionario latino que dedique artículos a *-fex*, a *-mentum* o a *-osus*; tampoco tratan de *ad-* (*adduco*, etc.), *de-* (*deficio*, etc.) o *e(x)-* (*exigo*, *edico*, etc.), aunque sí de *ad*, *de*, *ex* como preposiciones. La información omitida, que Azkue introdujo en su gran obra, se hallará en un manual de morfología que trate de la formación de palabras, que no son todos, ni mucho menos.

Es, por el contrario, costumbre general, pero no vasca, la de acompañar la palabra cuyo sentido se define, se glosa o se trata de circunscribir de alguna manera, de indicaciones como «sustantivo», «adjetivo», «verbo», «perfectivo», «imperfectivo», etc., por no hablar de peculiaridades formales a que ya antes hemos aludido. Villasante ha seguido en esto la costumbre vasca, como la seguimos todos: señalo, sin embargo, que indica, por ejemplo, que *purgatorio* es en Axular un *plurale tantum*.

Hay, sin duda, razones de comodidad, hasta de pereza, que explican esta práctica. Una de sus raíces más profundas tal vez se encuentre en el hecho de que habitualmente en un diccionario vasco sólo son vascas las palabras glosadas, pero no las glosas de estas palabras, que suelen estar en otra lengua. Se piensa entonces, según toda verosimilitud, que la traducción no sólo nos da el sentido de la palabra, sino también, además, su clasificación gramatical.

Sea esto verdad o no, y yo me inclino a pensar que demasiado a menudo no lo es, creo que este poner entre paréntesis no podrá continuarse cuando los diccionarios sean vascos de izquierda a derecha y de derecha a izquierda⁴. Pero no puede ocultarse que este abstencionismo tiene también fundamento en una dificultad demasiado real, que será mejor examinar con los ojos bien abiertos en lugar de volverle la espalda.

Desde Humboldt por lo menos se ha puesto repetidamente de manifiesto lo que en cierto modo se podría llamar indistinción gramatical de muchas voces vascas. Para aclarar lo que quiero decir, no encuentro mejor manera que comentar un curioso pasaje del *Gero* (p. 191), que, como tantos otros, está en estrecha relación con la literatura oral.

Citaré, en primer lugar, el refrán núm. 524 de Oihenart, que naturalmente no fue inventado, sino recogido, por éste: *Hoguei vrtetan estena, hoguei eta hamarretan estaquiena, eta berroqueietan estüena da iagoiti estatena, estaquiquena, eta estuqueena* «Celuy qui à vingt ans n'est, à trente ne sçait, & à quarente n'a, iamais ne sera, ne sçaura, ny n'aura». Axular lo ha

⁴ Tales indicaciones faltan también en el *Hiztegi tipia* de Gabriel Aresti, primera "entrega", a pesar de ser vasco-vasco.

DE LEXICOGRAFÍA VASCA

arreglado y completado «a lo divino»: *Guiçonac nehoiz ere içaitecotz, behar luque hogoy vrthetan içan laster eta arin: hogoy eta hamarretan indar eta sendo; berrogoyetan centçu eta adimendu, berrogoy eta hamarretan diru eta hacienda: eta hirur hogoy etan debocino, eta concientcia.*

En el texto figuran, agrupados por parejas, *laster* y *arin*, *indar* y *sendo*, *zentzu* y *adimendu*, *diru* y *hazienda*, *debozino* y *konzientzia*, agrupación más bien sorprendente, ya que *laster*, *sendo*, por ej., son normalmente adjetivos, y *adimendu*, *diru*, por el contrario, sustantivos. Hay, sin duda, varias explicaciones posibles, que salvarían el obstáculo gramatical. Podemos suponer, pongamos por caso, que Axular, por pura inadvertencia, se enredó en una construcción laxa y un tanto incoherente; que, engañado por la ambivalencia del *izaitekotz* inicial, pasó sin darse cuenta de su valor intransitivo al transitivo. Daría pie a esto la observación de que, en la versión de Oihenart, *extena*, *extatena*, intransitivos, se contraponen manifiestamente a *extuena*, *extukeena*, transitivos, con la mediación de los ya transitivos *extakiena*, *extakikena*. Anacolutos de esta especie son, sin embargo, infrecuentes en Axular que cuidaba mucho la gramática y no solamente el estilo.

Pensando precisamente en el estilo, cabría pensar que, lejos de haber dormitado, Axular trató ahí de forzar, tomando pie del hecho de que para él *izan* es tanto 'ser' como 'haber', las fronteras gramaticales de la lengua empleando con plena conciencia una violenta construcción *apò koinoú*. Esto se compadecería mejor con lo que sabemos de él como escritor, y la hipótesis se apoyaría en el hecho manifiesto de que la transición es paulatina, no brusca. Pero, aun cuando la aceptemos, no podemos menos de echar de ver que, si la construcción le pareció posible, por violenta que fuera, no fue sólo porque *izan* tenía dos valores: lo fue, además, porque las fronteras entre sustantivo y adjetivo estaban muy poco marcadas. Tenemos, por lo menos, una pareja que nos enfrenta con un claro dilema: o *indar* podía emplearse como *indartsu*, etc. (además de 'fuerza' podía significar 'fuerte') o *sendo* podía ocupar el lugar de *sendotasun*, es decir, significar tanto 'robusto, etc.' como 'robustez'.

Aun dejando a un lado la cuestión de las categorías gramaticales, no faltan motivos de incertidumbre en un diccionario vasco. Así no se sabe muy bien qué es una palabra, algo que debe entrar como elemento léxico unitario en un diccionario vasco, y qué es una expresión más compleja que debe ser descompuesta en elementos más sencillos. Falta en Villasante *laur kantoiñetako*, que es equivalente preciso de *cuadrangular*, en la descripción de las pirámides, p. 26: *pilare, harroin, edo thomba laur cantoiñetaco gora ailtchatu batçuc*. Villasante, no hace falta decirlo, no ha innovado en esto, sino que se ha limitado a seguir la costumbre que, como todas, no está falta de algún fundamento, sea racional o pseudo-racional. Es evidente que la

inclusión de los derivados en *-ko*, porque son derivados, alargaría desmesuradamente los diccionarios vascos, y los alargaría con escaso provecho, pues tanto la formación como el sentido del derivado se obtienen por lo general a partir de la forma básica sin tropiezo alguno. Alguno de ellos, con todo, se infiltra siempre en los diccionarios: esto ha sucedido aquí con *ardurako* «corriente, ordinario, frecuente, común», por lo menos. Valdría la pena, creo, de investigar las razones, ocultas seguramente debajo del nivel de la conciencia del lexicógrafo, que han motivado y motivan la concesión de estos pasaportes excepcionales. No me parece que se trate en todas las ocasiones de algún rasgo formal o semántico inesperado.

No hay artículos especiales para los causativos en *-arazi*, aunque hay uno general, s.u. *arazi*, en el que no aparece, por ej., *iben araci*, p. 89, y sin duda alguno más. En este caso la exclusión me parece menos justificada, o menos explicable, que en el anterior. Si *goganbehartu* «sospechar, recelar» tiene entrada aparte junto a *goganbehar* «sospecha, recelo», no se ve razón de que no aparezca *goganbehar-arazi*: cf. *gogan behar aracitceco*, p. 403. Al contrario de lo que sucede con *-ko*, se esperaría a priori que la distribución de *arazi* se caracterizara por cierto número de lagunas reveladoras. Véase el artículo de G. Silnitski, *FLV* 2 (1970), 49 ss.

También *pentsatzeketa-* y *hautatzeketa-*, p. 91, ambos en inesivo, merecían, a mi entender, artículos aparte, pues las formaciones en *-ketan* no son en Axular productivas hasta el extremo de que su derivación sea automática de cualquier radical verbal. Curiosamente, aparece aquí *aski etsi* «considerar suficiente» (escrito, por cierto, *azqui etsi*, con z, en la p. 114 de la 1.^a ed.), pero no *asko eritzi*: cf. *hura daritza asco*, p. 447. Si *on derizku* es un ejemplo de *on eritzi* «amar», *ea zergatik daritzten Iainkoak hain gaitz hirur bekhatu suerte hauri*, citado s.u. *eritzi*, lo es de *gaitz eritzi* «aborrecer, odiar».

Me parece de lo más interesante, para llegar un día por lo menos a plantear en términos precisos los problemas de formato, lo que aquí sucede con *hari izan* y *haritu*. De los mismos materiales que Villasante recoge o cita se sigue, en efecto, que se trata de dos paradigmas defectivos, pero complementarios. En el presente y en el imperfecto hay, de una parte, los tiempos que podríamos llamar ordinarios; por el otro, el presente y el imperfecto habituales, consuetudinarios o como quiera que haya que designarlos, ya que la rotulación no debe hacernos perder el sueño. Los dispongo a derecha e izquierda, respectivamente, y pongo entre paréntesis la forma que me falta, que no debía ser extraña a Axular

	NO HABITUAL	HABITUAL
Presente	<i>hari da</i>	(<i>haritzen da</i>)
Imperfecto	<i>hari zen</i>	<i>haritzen zen</i>

En futuro tenemos (*hariko da*), *hariko zen*⁵. Cf. p. 123: *Ceren nola icussi baitçuen, egunoro beccatu eguiten hari cirela, eta aiticinerat ere hala harico cirela*. Me quedo de momento con la duda, fácil de resolver, acerca de la expresión de los tiempos de perfecto en Axular: *hari izan da* o *haritu da*. Lo dejo en suspenso por apremios de tiempo.

Otro tanto sucede, si no estoy equivocado, con *betha*, *bethatze*, de un lado, y *bethe*, del otro: hay, en realidad, *bethe*, participio (y también, naturalmente, 'lleno', adjetivo), con radical *betha* y sustantivo verbal *bethatzen*. Así *neurria bethe baitçuten* (125), pero *neurria betha deçatenean* (124) y (*bere beccatuac bethe dituenean*,) *bethatcen çaitçala bere egunac ere* (125).

En cambio, no creo que se puedan incluir en un mismo artículo, *begiratu*, *lainkoak begira zaitzala* y *begira beute*. La primera es una forma clara de subjuntivo-imperativo de *begiratu* 'guardar(se), cuidar(se) de', pero no la segunda, como tampoco lo son *begirauk*, *-aun*, *-auzu*, *-auzue*. La diferencia de auxiliar lo revela. En el primer caso (*begira zaitzala*) éste es el que entonces y ahora cabe esperar, incluso en el uso vizcaíno pues, en el sistema, el lugar que ocupa *zagizala*, *zaitzala* es el mismo que el de *zaitzala*: *-eza* = *-(g)i*, *-it-* = *-z*. No así en el segundo, cuya explicación fue dada por H. Schuchardt en *Zur Kenntnis des Baskischen von Sara (Labourd)*, Berlín 1922, por cuanto sé: *begira beute* es literalmente *uigiliam habento*, compuesto de *begira*, sust., más el imperativo de *-du*: cf. *eun* «haber» en Landucci, *edu-ki*, occid. *edu-gi* 'tener', etc. Otra cosa es que, en último término y si nos atenemos al punto de vista histórico, el bien atestiguado *begira*, *bigira* proceda del lat. *uigilia*, y *begiratu* del lat. *uigilare*, nada lejanos uno de otro.

Seguiré con esto que no pretende ser un catálogo, sino un mero muestrario de dificultades lexicográficas. En este diccionario, *hara* está presentado como alativo (= lat. *illuc*) de un pronombre-adverbio demostrativo, no sin razón. Pero en el texto aducido *hara gabe eskapatuko exten*, traducido «de no librarse de ir allá», *hara* tiene una fuerza verbal que se ha tenido en cuenta en la versión. Esto nos lleva como de la mano a *haratu* «ir allá» que tiene todo el aspecto de ser un ente de razón, puesto que lo que figura en los ejemplos es el sustantivo verbal: *haratzeaz*, *haratzen*. Estamos de nuevo ante dos paradigmas complementarios, uno de *perfectum*, con el alativo sin *-tu* (*hara da*, como en el conocido *fui ad episcopum* de la Peregriatio, *sayra noçu* en RS 361 y 362, etc., 'ha ido allá, está allí'), y otro de *inflectum*, en *-tzen*: *haratzen da* 'se llega allá, está en camino hacia allá'.

5 Esta ha sido también la norma, y no *hari izango / izanen da*, como han enseñado varios gramáticos, en guip. y vizc. clásicos: *bearko da* 'será preciso', *obeko du* 'más le valdrá', y hasta *askoko du* 'le será suficiente'.

Dígase lo mismo del inexistente *hartaratu*: a *adinak berak hartaratzen baitu*, citado s.u., correspondería el perfecto *adinak berak hartara baitu*.

Cierro este capítulo, que sin duda podría prolongarse casi a voluntad, con una última observación. En Axular, a juzgar por los materiales recogidos aquí, no se documenta *eskupe*, sino un *eskupera*, verbal, en la p. 88: *Ceren behin handituz guero, ezitutçu hobequiago manucortuco, escuperaco, eta ez plegatuco*. De la igualdad *manukortuko* = *eskuperako* = *plegatuko* se llega ineluctablemente a esta otra: *manukortu* = *eskupera* = *plegatu*. Cito, a mayor abundamiento, un pasaje de Leizarraga, Mc 10, 33, que ya he utilizado en otra ocasión: *eta Gentilén escuetaraco duté 'y lo entregarán a los gentiles, lo pondrán en sus manos'*⁶. No dejaré, por último, de señalar que no deja de haber razones que abogan en contra de la inclusión de estos «verbos» en un diccionario. La primera y principal es la ya mencionada a propósito de los derivados en *-ko*: que, por tratarse de una formación plenamente productiva, su número es abierto y no se le puede fijar cota superior.

Nadie ha conseguido hasta ahora hallar el instrumento —es decir, el criterio— que permita cortar en casos concretos el nudo de la distinción entre homonimia y polisemia: que sirva, en palabras diarias, para decidir si aquí y ahora nos hallamos ante palabras distintas con igual significante o ante acepciones distintas de un mismo signo. Cada cual, pues, podrá arbitrar en cada caso soluciones propias que no tienen por qué coincidir con las preferencias ajenas. Por lo que a mí toca, admitiría un solo *her(t)si* 'cerrado', participio en función primaria y secundariamente adjetivo. Hay un paso nada forzado de *se cerró la puerta (la puerta fue cerrada)* a *la puerta está cerrada, dejó cerrada la puerta, una puerta cerrada vale más que dos abiertas*, etc. Téngase en cuenta que, como ya se señaló en *Fonética histórica vasca*, p. 210, no hay en Axular diferencia formal alguna entre participio y adjetivo, mientras que Leizarraga, por ej., tiene de una parte *ertsi*, participio (rad. *erts*), y de otra *bersi* (= vasc. occid. moderno *estu*) 'estrecho, apretado', que siempre es adjetivo. Al revés, y dejando a un lado la muy plausible identidad genética, yo separaría *uli*¹ 'mosca', de *uli*² 'pusilánime', con *ulitu* participio derivado del segundo y no del primero.

En la p. 36 hay, más que una voz distinta (*bilduak* «graneros»), un juego de palabras que aprovecha el doble valor, transitivo e intransitivo, de *bildu*: *bere vilduetara vildu behar duenean* será algo así como, en mal latín, *cum ad ea quae contulit se conferre oportet*.

⁶ Respecto a *erdu*, *erdu*, en cambio, en Axular no se documenta, por cuanto veo, más que el participio. El radical *erdu* ha sido extrapolado desde el vizcaíno, donde se ha conservado como arcaísmo en imperativos.

DE LEXICOGRAFÍA VASCA

En cuanto a la interpretación de algunas voces (y aquí la interpretación consiste en encontrar buenas equivalencias en otra lengua), hay lugar, sin duda, para opiniones diversas, aunque las diferencias sean más de matiz que de color. Así, entre otras observaciones que no pretenden agotar un tema inagotable, para mí *abiadura*, diferenciado de *laster*, claramente sustantivo en 86-87 / 59 (*Ezta erraz bide haren, eta handic iragaiteaz, hartu duen vsantçaren, abiaduraren eta lasterraren gal aracitcea*), es «impulso», no «rapidez» (expresado por *laster* 'velocidad'); menos aún «dirección, orientación, curso, movimiento». Es algo que, como acaba de verse, se puede tomar, como se toma impulso o carrerilla, o en alemán se habla de *Anlauf nehmen*. Un equivalente posible sería, pues, el lat. clásico *momentum*, que en latín posthumanístico (de donde pasó al inglés) adquirió un sentido técnico, al servicio de la física, que sería abusivo asignar al término vasco. Otro podría ser el lat. *impetus* (recuérdese que más adelante Axular empareja *abiatze* con *oldartze*), de tanta importancia en la mecánica de los siglos XV-XVI. No pretendo, vuelvo a insistir, que Axular tuviera la intención de fijar el léxico vasco de la mecánica —o, en términos más generales, de la física de su tiempo—; esto no significa, sin embargo, que la ignorara, al menos en su versión salmantina. De admitirlo, estaríamos en la línea de Urquijo que deja entender implícitamente que todo el saber de alguien se encuentra en los libros que posee y no en la memoria; ni siquiera tenía en cuenta los apuntes de curso. Aun cuando Axular no pudiera seguir las clases de Domingo de Soto⁷, pudo muy bien haber leído sus Comentarios a la Física de Aristóteles y hasta recoger, de segunda mano, el eco de sus enseñanzas.

Es dudoso que *vipera* sea citado como nombre latino: aunque se trate de un cultismo (como fr. *vipère*, sin olvidar que tampoco *vibora* tiene un aspecto totalmente popular), Axular lo emplea en lengua vasca, lo mismo que Leizarraga, en quien es término frecuente y nunca explicado o glosado. *Bikhor* es sin duda «grano», no «racimo». En un ejemplo, *bulkhatu*, a juzgar por el régimen (*hetan*, en inesivo), parece ser algo así como *irauli*, de acuerdo con su etimología probable: *Eta hetan* [sc. *vntcietan*] *bulccatcen cituen ediren abal citçan alfer guztiaç* (31 / 18). El préstamo *eldarnio*, relacionado aunque por caminos tortuosos con la oscura familia de fr. *rêver*, etcétera, significa 'desvarío, delirio', no 'insomnio'; *habe* es 'columna, poste', es decir, un soporte vertical, no 'viga'; *kidoin* será acaso 'alférez, abandonado', más bien que «cabecilla, jefe». Más bien que «lagrimón, lágrima gruesa», *nigar purpuilla* será 'lágrima', a secas. Lo que es común es el nombre del 'llanto', es decir, *nigar* / *negar*, pero, como el llanto se suele considerar formado de unidades discretas, lo que varía de un lugar a otro es la

⁷ Véase L. VILLASANTE: *Axular. Mendea, Gizona, Liburua, Arantzazu, Oinati*, 1972, p. 35.

denominación de cada una de ellas, algo así como el «nombre de unidad», o, mejor, el segundo término del compuesto que las designa. El radical *uzkur* parece significar 'doblegar', y me remito al término latino que traduce, del mismo modo que *aurizki* es siempre 'pisar, hollar', nunca «tropezar, dar un traspies». Pero no voy a alargarme más en esta enumeración de opiniones no coincidentes (ni voy a mentar *soin* ni siquiera por descuido), que habría de ser inacabable, como ya he dicho, por la fuerza misma de las cosas. Subrayo simplemente que estas opiniones tendrían que ser discutidas una por una y no apuntadas, como ahora se ha hecho, al pasar de largo.

Un diccionario de esta clase ofrece la ventaja inestimable de que los elementos del léxico se encuentran ordenados unos junto a otros. De aquí se sigue, entre otras cosas, la confrontación inmediata de dobles que exigen en cada caso una explicación especial (arcaísmo e innovación, procedencia de dialectos románicos diversos, etc.): *handirasun* / *handitasun*, *banditu* / *hantu*, *azienda* / *hazienda* sin diferencia de valor al contrario de *notatu* (*notatzeko*) / *nohatu*, *manatu* / *mandatu*, etc. Otra ventaja radica en que su disposición un tanto laxa (la disposición que he criticado o discutido) permite incorporar al libro, además de una información gramatical preciosa, mayor cantidad de giros, frases, etc., de la que es corriente en diccionarios. Como nada hay completo ni este diccionario pretendía serlo, me permito apuntar que, por ejemplo, *hek* no es solamente el nom., sino también el activo plural de *hura*, como puede verse s.u. *desmorditu*, entre otros lugares. Señalo también *onex onetara* (373), algo así como 'de buenas a primeras', 'sin rodeos ni circunloquios', o *naicen guztia* (499) que explica, por elipsis o supresión, *naizena* 'todo cuanto soy', etc., que acabará, al renunciarse a la indicación de persona, en *dena* 'todo', de *den guztia*.

De los hapax legomena, destacaré *garri*, cuya coincidencia formal con el conocido sufijo *-garri*, que tuvo que ser palabra autónoma, es por lo menos chocante. Otro, *bilbukatu*, parece sospechoso de no ser más que una errata.

Voy a introducir aquí, antes de terminar, un comentario que me parece conveniente, aunque no se me escapa su impertinencia: espero de la bondad y de la amistad del autor que no me será tomada en cuenta. El comentario atañe más de cerca a su traducción del *Gero* que a este diccionario, pero no está fuera de lugar ahora. Sé, en pocas palabras, que más de un no vasco se ha quejado de su falta de casticismo —no de su falta de exactitud—, observación muy general, que vale la pena de discutir en detalle.

Desde siempre podríamos decir, los vascos se ven obligados a escribir por razones muy diversas en otra lengua, además de emplear o de no emplear por escrito la propia, y esta experiencia tiene siempre, quírase o no,

DE LEXICOGRAFÍA VASCA

algo de ingrato en un momento o en otro. Ni siquiera es preciso para ello el poseer la lengua «propia»: de entre lo que conozco, la queja más desgarradora por verse privado de su lengua procede de J. Joyce, irlandés que se supone descastado e internacionalista de profesión. El hecho es que, cualquiera que sea el dominio que tenemos o no tenemos de nuestra lengua, nos vemos forzados a hacer algunas elecciones al emplear la otra, elecciones que no pueden menos de estar condicionadas por la nuestra, conocida o ignorada, usada u olvidada. Hablo ahora del castellano, pues no tengo mayores datos acerca del uso que del occitano o del francés hayamos podido hacer, desde Jean de Sponde por lo menos hasta nuestros días.

Larramendi, una nuestra tan espléndida como otra cualquiera, se revisió sin violencia de la piel de escritor castellano castizo (como antes, aunque con menor talento literario, Garibay y tantos otros), quizá por la misma seguridad que tenía en su posesión de la lengua materna. Era dueño de dos sistemas, muy diferentes entre sí, pero muy sólidos ambos (y no sólo en el reino etéreo de las estructuras), aunque no se le ocultara que la solidez momentánea del propio, cimentada en una masa compacta de hablantes, podía trocarse en debilidad con el correr de los años. Y ya es debilidad lo que hallan los escritores vascos del 98. Dejemos a Maeztu que, además de no haber tenido familiaridad alguna con la lengua vasca a lo que creo, llevaba ínsita la inclinación a alzarse (*begaldatzera*, habría dicho Axular) en raudos vuelos de águila que terminaban a menudo en cortos saltos de gorrión. A su lado están Unamuno y Baroja: don Miguel, que descubrió encandilado lo *soterraño*, etc., etc., y que, como en tantas otras cosas, no acabó de saber si estaba en favor o en contra del casticismo, y don Pío, que lo repudió desde el primer momento y que, tal vez por eso mismo, contribuyó como muy pocos a la formación de la prosa literaria moderna en castellano. Ya se sabe que no acabó de leer las Memorias de Egaña, porque encontraba «pestífero» su «estilo florido y pedantesco»: «Holgárame yo muy mucho..., antojábaseme...». Bien es verdad que quedan todavía espíritus selectos, de gusto exquisito, que encuentran descuidado y pedestre el estilo de Baroja.

Volviendo al *Gero*, no pretendo que Villasante, a fuerza de practicar el *pastiche*, nos diera de él una versión a lo fray Luis de Granada. Pero se trata, al fin y al cabo, de un escritor del XVII, formado en el XVI, y no había razón para acentuar esa nota cultista y atípica que tiene el léxico castellano usado entre nosotros. Así yo, que abomino del casticismo y del cliché tanto como Baroja, habría preferido, a fin de cuentas, *quijada* a *mandíbula* (*mathela*), *hediondo* a *fétido* (*kbirastu*), *flaco*, que no era 'delgado', a *débil*, *flojo*, etc. (*flako*, *flakatu*), *sobras* a *residuo* (*arbuio*), *añejo* a *invertado* (*urthatu*), *ascua* a *tizón encendido* (*ikhatz bizi*), *pavesa* a *cenizas*

(*ilbaun*), *pedernal a sílex (barri muger)*, *empedernido a petrificado (barritu)*, *aguas muertas a quietas (ur geldi)*, etc. No me atrevería a usar *pestorejo*, pero no me gusta *occipucio (garzeta)*, ni tampoco *tara*, como traducción de *narrío*, o *vagancia*; menos todavía (*caso de*) *emergencia* (s.u. *herstu*) o camarote que, con ese valor (*ganbara*), no se usa ni siquiera en buena parte de Guipúzcoa⁸. Hay en esto mucho de gusto personal, y no estoy convencido de que el mío sea más fino, en todos y cada uno de los casos, que el de otro. Creo, con todo, que Villasante se ha dejado arrastrar demasiado por ese afán de modernidad un tanto intempestiva que ha hecho presa estos últimos tiempos de los eclesiásticos, antes defensores —demasiado celosos quizá— de la tradición. A ese afán somos deudores de tanta versión plebeya e irreverente con el pasado, sin ganancia alguna en propiedad o en exactitud, de los textos litúrgicos en lenguas (no estoy hablando de la vasca) de tradición bien establecida y consagrada por los años.

Como he mostrado una cierta insistencia, totalmente indeseada, en examinar aspectos discutibles de este libro, repito una vez más que lo he hecho más que nada por poner el dedo en los problemas con que la lexicografía vasca en general, y no este diccionario en particular, se encuentra enfrentada, con el fin de conocerlos mejor y de buscarles remedio. Este libro, el primero de su género, se defiende por sí mismo, sin necesidad de abogados, y constituye un modelo que otros deberíamos seguir. Como todo trabajo hecho a conciencia, y éste es exhaustivo en el sentido pleno de la palabra, lleva en sí mismo su propia justificación. Es tan completo que, para fundar nuestro desacuerdo en algún que otro caso, no tenemos que buscar fuera de él. Basta y sobra con los materiales que en él se encuentran reunidos y clasificados.

Esta honestidad intelectual llevada al extremo es el mejor título de honra para Villasante. Lamento que la desidia de otros —la nuestra y, en particular, la mía— le haya puesto en potencia propinqua de pecar, *okasino-rik okasinotsuenean*, pues no hay autor de diccionarios, vocabularios o léxicos que pueda quedar libre de pecado. Pero éstos, si los hay, son en él veniales y *barkakizun*, fáciles de perdonar, cuando se toman en consideración, como no pueden menos de tomarse, las virtudes excepcionales del libro.

Añado unas palabras que en rigor serían innecesarias. Está en la mente de todos que el interés de este libro no queda circunscrito a la esfera de lo puramente filológico y lingüístico, único aspecto que se ha tenido en cuenta en este comentario. La curiosidad, y con la curiosidad la afición,

⁸ La traducción francesa de *hanbatik hanbatean* 'ceteris paribus', al menos en cierto tipo de lengua al que estoy muy acostumbrado, sería *toutes choses égales d'ailleurs*.

DE LEXICOGRAFÍA VASCA

por la obra del escritor navarro —y, por consiguiente, también por el léxico que utilizó— ha crecido estos últimos años hasta el extremo de que el autor clásico ha dejado, por fin, de ser un «clásico»: es decir, un autor cuya obra se encomia y pondera *opportune et importune*, pero que no se lee jamás. Hoy ha vuelto a ser, a pesar de los siglos y del tema mismo, uno de los modelos del vasco escrito, hecho que se debe en gran medida al padre Villasanté, que ha dedicado tantos años a su estudio y divulgación. Por ello estoy seguro de que esta última obra, coronación por ahora de muchos trabajos, está destinada a tener entre nuestros escritores una influencia tan amplia como beneficiosa. Habrá, sin duda, voces discordantes —creo haber oído ya alguna—, pero estos juicios parecen nacer de una incompreensión radical. Ni todos vamos a ponernos a escribir como Axular, ni por otra parte nos sería fácil hacerlo, ni todos vamos a consumir tinta y papel en precaver al prójimo de los peligros del arrepentimiento tardío: si se ha de decir la verdad, además, parece que el de Urdax ha conseguido últimamente más imitadores en la predicación que en la pureza del estilo. Un modelo no es algo que haya que copiar o calcar. Es algo que está ahí, al lado de otros, como aguijón y acicate para que cada uno llegue a expresar lo que tiene que expresar de una manera personal y digna. Axular, escritor de su tiempo, dijo lo que tenía que decir en una prosa natural, flexible, rica y elegante. No estaría, pues, de más que también nosotros, ahora y en lo que a cada uno le interesa, nos esforzáramos en valernos de la lengua con un poco menos de torpeza y con algo más de respeto de lo que a menudo demostramos.

El libro, y hablo ahora del objeto material y no del producto mental, es buen testimonio de lo que ha mejorado el arte de la imprenta en nuestro país. Apenas tiene erratas, a pesar de las dificultades de composición. No he visto más que *gutxi*, por *guti*, s.u. *aithor*; *giebela*, por *gibela*, en el encabezamiento de la p. 246, y *begi*, por *bethi*, s.u. *muga*. Como veterano luchador profesional contra errores de original y erratas de imprenta, luchador siempre vencido, tengo razones sobradas para apreciar todo el mérito de esta hazaña.

Luis MICHELENA

